UN VIAJE A ESPAÑA EN 1793

En 1793, Hans Ottakar Reichard publica una serie de guías manuales para visitar Europa. Son delgados cuadernos de faltriquera fácilmente manejables y de cómoda consulta. Países cercanos y remotos quedan apresados en las páginas: Italia y la península Ibérica, Alemania, Austria, Checoeslovaquia y Bélgica, Suiza, Rusia, Polonia, Curlandia, Hungría y Constantinopla: cinco guías para peregrinar por interminables caminos. Y para todos ellos unos *Consejos a los turistas*, por el conde de Berchtold,impresos también en 1793. Volver a hojear estos opúsculos repara siempre curiosidades olvidadas o nunca sabidas, o llamadas a examen de conciencia, que es práctica útil para de vez en cuando. Porque Gracián, que sabía, y no poco, de pueblos ajenos y del suyo propio escribió para aviso de descuidados: «a unos, todas las cosas les parecían grandes, y más las propias». Estamos en el siglo XVIII, y hace falta saber. Y el viajar al buen tuntún antes es necedad que sabiduría. Por eso se recomiendan los viajes, para aprender y perfeccionarse en el ejercicio de ser hombre. En esos *Consejos* de Berchtold recién aducidos se nos informa que ingleses y alemanes son las gentes del mundo que más viajan; de cada cincuenta hombres que atraviesan los Alpes, treinta serán ingleses, siete u ocho alemanes, dos o tres franceses, el resto, rusos, polacos, etc. Los españoles no cuentan. Sin embargo, Rousseau –y es una finura que le agradecemos mucho– había escrito:

> «En tanto el francés corre a relacionarse con los artistas de un país, un inglés dibuja cualquier antigüedad, un alemán va con su álbum a casa de todos los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, las reglas urbanas; de los cuatro, sólo él, al volver a su patria, lleva algo útil de cuanto ha visto.»

Porque tan conveniente es para conocerse el hurgarse los entresijos, cuanto

el informe de los ajenos. Lo malo es que tantos años después, las gentes siguen pensando lo mismo de los demás, o de sí mismas, que para el caso tanto monta. Las *Guides* en francés son curiosas y útiles, curioso y, tal vez, inútil algo de lo que se reimprime por estas calendas. En 1971 se hicieron unas ediciones facsimilares; y si la ignorancia tiene un dulce regusto cuando de vejeces se trata, pintoresco es no saber superar andaduras que ya no cabalgan en borrico. Porque hay quienes ven, iguales siempre, las cosas propias, lo que les impide contemplar mejor las ajenas. Por 1793 el consejero del duque de Sajonia-Gotha imprimió estos cuadernillos en Weimar y casi doscientos años después ven la luz en el Faubourg Poissonnière, de París, como si quisieran mantener un eco gremial y artesanal. Pero «Les Éditions de la Courtille» siguen pensando como pudieran haberlo hecho a finales del siglo XVIII, si es que les hubiera sido dable el hacerlo, con cierto remusgo de indiferencia para todo lo que no sea «la langue véhiculaire de l'époque». Porque el turista debe ser hombre muy dado a las sorpresas, ya que de otro modo se pondría las pantuflas y se arregostaría en el sillón familiar, pero su capacidad de asombro, a veces, es alicorta y se arrecacha por los rastrojos. No está bien decir que se ilustra con grabados de la época y poner como rey de España a Carlos II, que había muerto 93 años antes; hacernos creer que las bragas de las moriscas aún duraban cuando María Antonieta había purgado sus pecadillos, o eran planos del tiempo los que en Colonia grabaron,en 1587, Bruin y Hagenberg para las *Civitatis Orbis Terrarum*. Si esto pinta ahora, no es tanto por el pasagonzalo, que bien ganado tiene el editor de hoy, sino para que el lector no se asombre de lo que trasanteayer decían. Así, por ejemplo, vayamos a la lengua, porque sin ella los pies malandan. Y aunque se dice de España que «la lengua del país no es difícil de aprender», el experto de turno debía estar pensando en las musarañas –o repetía el cua cua cua de los gansos– cuando escribía:

> «En España se hablan dos lenguas principales, el vizcaíno y el español propiamente tal. Por otra parte, los moros en la Alpujarra [vaya por Dios, *Alpuscarra* nos las llaman] son totalmente árabes por la lengua y el modo de vivir.»

El viejo reloj de Reichard se había detenido hacía mucho tiempo y monseñor el Duque no se había despenado en darle cuerda. Más de una vez le pasó. Pero gracias a ello el turista iba a tener sorpresas inesperadas. Lejos estaba el año de 1614, pero no tanto como el del nacimiento del portugués; tal vez por su lejanía, no hubo notario que diera fe de vida de aquel hijo legítimo al que tan espurio y –difícil cosa– de tan muchas madres hizo nacer al empezar el libro. Porque sólo así se explica la mucha aplicación que los clérigos debían tener en Portugal: todos debían atender a legitimaciones, pues de dos millones y medio de almas, doscientas treinta mil eran de eclesiásticos, y, se comprende, si tanto tenían que esforzarse en bautizar a cristianos tan poco puros como los que les venían naciendo:

> «Hablan los portugueses un dialecto de la lengua española, pero que difiere tanto de ella, que traducen los libros de una a otra lengua. Es una mezcla del español, del árabe, del latín y del francés.»

Con semejante batiburrillo no se podía ni salir de casa. También en España iban mal las cosas, pero no tanto: la clerecía apenas rebasaba el cinco por ciento, y eso a pesar de nuestros muchos pesares. Pero ya que poseemos la lengua –y que San Blas nos la conserve– podemos empezar nuestro camino, aunque haya que topar con la iglesia en cada vereda:

«En España y en las Islas Canarias se cuenta con 139 ciudades, 18.716 *pueblos* [así en el texto francés], 28.980 casas aisladas y de placer, y 1.987.811 familias. Además, 117 iglesias catedrales y 5.203 personas para servirlas; 18.972 parroquias y 63.160 personas empleadas en ellas; 3.352 conventos que encierran a 69.870 religiosos y 35.497 religiosas; 25.500 *cofradías* [en español en el original]; 294 colegios y 9.551 personas dependientes de ellos; 1.912 hospitales y 8.513 técnicos y criados que pertenecen a ellos. Ustaritz hace subir el total de gentes de religión que hay en España a 250.000 [...], según censos estatales, a 10.268.150 almas, y no cuenta sino 188.265 eclesiásticos.»

De cualquier modo, estos clérigos poco debían hacer por mejorar las costumbres, pues el país estaba hecho una calamidad: en Madrid había «loges des Francs-Maçons», que también se llaman, ahora en singular, «The english logde»; las gentes eran tan crédulas como en tiempos de Maricastaña, pues seguían oyendo todas las noches los gemidos del alma de Felipe II por los claustros del Escorial y dormían la siesta a pierna suelta («desde la una hasta las tres, las calles de Madrid están desiertas, los comerciantes cierran sus tiendas, los menestrales abandonan el trabajo y todo el mundo se va a acostar. Pues desde tiempo inmemorial, la siesta está de moda en España»), etc., etc. El conde de Berchtold sabía más que nuestra *Guía*, aunque tampoco era su fuerte la lingüística; sin embargo, nos da una información que posiblemente sea muy de tener en cuenta por estas calendas:

«Aunque el hábito de dormir al comienzo de la tarde, que los italianos llaman *siesta*, resulte muy saludable a la mayor parte de los extranjeros, tanto en Italia como en España; en los países septentrionales, donde están habituados a comer alimentos más nutritivos y a beber cerveza, podría determinar ataques de parálisis o de apoplejía. Los extranjeros a quienes se invita en los países meridionales a dormir después de la comida, deben regular la duración de su sueño conforme con su manera, presta o lenta, de hacer la disgestión. Un cuarto de hora o una media hora es bastante, pero resulta superflua una hora. En tales casos, resultaría pernicioso acostarse tendido, basta con sentarse en un sillón o en un sofá, inclinando hacia atrás el cuerpo, un poco hacia el lado izquierdo. También debe cuidarse de desembarazarse de cuanto pudiera obstaculizar la libre circulación de la sangre, si es que, al despertar, se quiere evitar los dolores de cabeza.»

La cita es larga, pero no inútil. Estos hombres del XVIII eran precavidos y estaban en todo. Por aquellos días ya se escribía con una costumbre que se ha convertido en lugar común cuando de nuestros hábitos se trata. Queden aquí estas líneas y sigamos nuestra lectura.

Quien no se arrisca no aprisca. Y el camino de España habrá que emprenderlo, precisamente porque, como dice el conde de Berchtold, «no sea habitual dirigir los viajes hacia España» y, sin embargo, algo es algo, «en los alrededores de ciudades como Barcelona, Tarragona, Morviedro, Valencia, Murcia, Gra-

nada, Écija, Sevilla, Medina-Sidonia, Córdoba, etc., se encuentran muchas antigüedades que se pueden conseguir muy baratas». Tal vez, en el fondo de estas humildes –y económicas pretensiones– estaba la voz ensordinada de Rousseau cuando decía que «viajar por viajar es un error, es ser vagabundo; viajar por instruirse, todavía es un motivo demasiado vago; la instrucción que no tenga un fin determinado, no es nada». Hay ciertas diferencias entre el mundo sereno de la especulación y la práctica del viajero. Mucho las ha separado esta *Guía* de España: antes hace falta comprar tres buenas mulas (una para el amo y dos para criados y equipaje), «proveerse de una colcha, una almohada, sábanas, cama, manteles, servilletas, cucharas, tenedores, cuchillos, una perola, para guisar la comida, de cobre, bien repasada, con su tapadera, pero la tapadera debe estar hecha de tal modo que se pueda cerrar con un candado». No se piense que estos cuidados son necesarios sólo en España. Berchtold había escrito unas líneas que, si ahora no son improcedentes, nos llenan de admiración hacia aquellos turistas tan animosos, porque, según él, las plumas en el lecho se impregnan de vapores malsanos y, por tanto, deben utilizarse con precaución, y para ello se recomienda el empleo de una colcha de seda, dos sábanas, dos pieles de ciervo de más de seis pies de longitud... Y todo debe ser de propiedad particular para poderlo llevar consigo. Si no se tiene al alcance de la mano todo este almacén, conviene no desvestirse por completo al acostarse; eso sí, desahogando cuello y rodillas para que la sangre corra tranquilamente. El buen conde de Berchtold sigue recomendando cosas imprescindibles, además de las pieles de ciervo y otros adminículos: una botella de vinagre, otra de buen aguardiente francés, varias de diferentes clases de aguas, frascos con sales y licores, polvos digestónicos y refrescantes... Y si se quiere saber de cofres y maletas, de camas, de almohadas, de cafeteras, de teteras, de embudos y de mil artilugios necesarios para el viaje, bastará con leer –y son muchas– las páginas llenas de sabiduría del conde de Berchtold.

Por si fuera poco todo lo anterior, «cada criado debe ir armado con un buen fusil que, en camino, irá siempre colgado del arzón de la mula». Si hay esforzado que se arriesga a esto, o paciente capaz de proveerse de semejante repertorio, aún no ha terminado, pues aunque Floridablanca acaba de mejorar caminos y posadas

> «Es necesario acostumbrarse a montar en caballo y en mula, e incluso, a veces, a caminar andando [...] sobre todo en el reino de Granada. Hay otra manera de viajar, pero exige salud robusta y ser buen jinete: correr la posta. Los caballos españoles de postas son excelentes y corren con singular rapidez.»

Nuestro viajero no debía salir de su asombro, pues a todas estas fruslerías había precedido el tomar un criado en Francia, buen conocedor del país para que le pudiera servir de intérprete y de aposentador, pues debe ir por delante para aprovisionarse, «porque en las ventas españolas no se encuentra nada para comer». «Un buen criado, en cuya fidelidad y celo se puede confiar, es de primera necesidad cuando se viaja. Guardémonos de tomar el primer desconocido; es preferible un compatriota nuestro, ya que los lazos del paisanaje lo

atarán más fuertemente a nuestros intereses; pero no lo elijamos demasiado joven». Tales eran las recomendaciones complementarias del conde de Berchtold. Menos mal que tantas previsiones no son inútiles, pues amenazan las inoportunas visitas de ladrones y bandidos, salvo que –para su seguridad– el turista se incorpore a las recuas de cosarios y muleros. (Berchtold añade otras muchas observaciones útiles para el turista, pero considerarlas nos sacaría de nuestro viaje.)

Todavía no acaban con esto las previsiones, porque hay que tener cautela con la época elegida para el viaje: otoño («la estación más favorable para los viajes en España») si se quiere visitar Burgos, Valladolid y Segovia; invierno, para el Sur; primavera, para Zaragoza, Aranjuez; verano, para el Norte, pues hace demasiado calor, escasean los víveres y reinan las fiebres malignas. De los escarmentados nacen los avisados:

«Si yo hubiera tenido informes semejantes antes del viaje que hice a España, hubiera podido evitar una grave dolencia que me causó el excesivo calor estival. En Inglaterra, habitualmente se atribuyen las fiebres intermitentes a los vapores que se elevan de los sitios pantanosos. En España se cree, por el contrario, que provienen de insolación y estoy dispuesto a creer que tienen razón.»

(Por la época era bien sabido que «en los países meridionales el aire o es muy cálido y seco, o caliente y húmedo; dos cualidades perjudiciales a la salud».)

Supongamos que se ha conseguido el aposentador-intérprete, que se han adquirido las mil cosas necesarias, que se han alquilado dos criados españoles, que se han obtenido mulas (o *borricos*), que se ha caminado con buena compañía, que las postas han permitido un viaje rápido, que no hemos sido asaltados y que el tiempo ha sido propicio; después de todas estas casualidades hemos llegado a una ciudad que se llama Burgos o Zaragoza, Sevilla o Córdoba, Madrid o Toledo, Barcelona o Valencia, Granada o Cádiz. O Málaga. Málaga es, tal vez, la ciudad en que más se demora nuestra *Guía*. Merece la pena traducir cuanto le parece recomendable:

«MÁLAGA. Población, 45.600 (6 parroquias, 25 conventos). La catedral es el único edifico público que merece la atención de los curiosos. Tiene 360 pies de largo, 180 de ancho y 135 de alto. Se admira la escultura del coro. Málaga hormiguea de mendigos, y en la ciudad los asesinatos son una cosa muy corriente. Sus vinos, el vino blanco y el vino tinto, son estimados. Las frutas tienen un gusto exquisito. Es abundante la pesca de anchoas, de las que anualmente se exportan unas diez mil barricas o veinte mil quintales. Los *búcaros* o *alcarrazas* son vasijas de una marga azulada de la que emplean los bataneros, sirven para refrescar el agua de beber. Hay en Málaga un monte de piedad; en la ciudad se encuentran restos antiguos [...] entre Málaga y Gibraltar se ven doce molinos de azúcar, que están allí desde tiempo inmemorial. Según una antigua tradición, los árabes trajeron a España las primeras cañas de azúcar.»

Sed debió pasar nuestro viajero, pues a los *búcaros* malagueños (aún hoy así en la capital) y a las *alcarrazas* (sólo encontré la voz en Cádiar, Granada) habría que añadir los filtros que atrajeron su atención.

«En la mayor parte de las ciudades de España, y sobre todo en Cádiz, se venden unas vasijas, hechas de una especie de tierra blanca, que se llenan de agua y por medio de ella el agua se filtra hasta quedar totalmente purificada. Esta tierra se llama *barro.*»

En la ciudad ya, todo son ininterrumpidas sorpresas: el aspecto de las calles («loritos y monos en casi todas las ventanas»), el atuendo de las damas (basquiñas y mantillas), la guitarra que tañe el enamorado, las formas de hacer habitables las casas (en Madrid son casi desconocidas las chimeneas y, en su lugar, se emplean los *braseros*), las fórmulas de saludo (mal transcritas para no errar), los bailes («el *fandango* es una danza muy voluptuosa»), las noches transparentes, o, felices tiempos, el café bien hecho («Madrid es, quizás, el lugar de la tierra donde mejor café se toma»). Sin olvidar, nuestro hombre era viajero no viajera, las excelencias del mujerío:

«Casi todas las mujeres españolas tienen un timbre de voz de admirable dulzura, pero la elegancia del talle, la hermosura de los ojos y, sobre todo, el disimulo, la magia de la mirada, dice el marqués de Langle, es lo que distingue a las mujeres de Madrid.»

Por eso no sorprende que el extranjero que nos visitara diera singular importancia a las relaciones sociales en las que la mujer participa. Como sobre ascuas pasa por las corridas de toros (luego les dedica un apéndice), las tertulias, los refrescos, los conciertos. Pero se detiene inesperadamente, y vuelve sobre sus pasos: «En los bailes, cada española danza dos minuetos: el primero con el *Cortejo,* o su galán, el segundo con cualquier extraño, pero las contradanzas sólo las baila con el *Cortejo*». Páginas después, en un batiburrillo de informes, se deslizan unas parcas líneas: «En las ciudades principales, el oficio de *Cortejo* o servidor de la dama, habitualmente se encaja a los canónigos o a los oficiales de la guarnición». La *Guía* es, también, un manual para avisados: tan importante como saber viajar, es saber comportarse. Y nada tan sutil y resbaladizo como el trato con gentes de distinta psicología a la nuestra. Hay que respetar los derechos de los demás para evitar situaciones embarazosas y, cierto, resulta difícil descubrir de buenas a primeras la etiqueta que rodea al chichisbeo.

El opúsculo amontona informes curiosos, sobre pesos y medidas, sobre monedas y acuñaciones, sobre mil cosas que el viajero va a encontrar. Pero, 1793, acaba de descubrir una España romántica: la que gustará a Ford y a Merimée, a Chateaubriand y a Borrow, a Uhland y a Dembowski. Sobre este cañamano dieciochesco, a veces parece que hay como un eco de prosa rubeniana, se adivina algo que pertenece al mundo de la leyenda: guitarras y bandidos, ventas y ladrones, postas y criados. Y en un largo y curioso apéndice, una carta sobre las *Corridas de toros en España,* verdadero arsenal de informes grandes y chicos, externos e internos, estéticos y económicos, éticos y sociales. Tal vez, para nosotros, lo que esta *Guía* tiene menos es lo de guía. Sus informaciones turísticas son muy parcas o remiten a otros autores, pero es importante todo el mundo que rodea el viaje que se va a emprender y el peregrinar por los caminos de España. El viajero no sabe gran cosa de muchos sitios, pero sí de otros que le llevan al mundo romántico que inaugura: todos los pasos bajan, como a los turistas de hoy, hacia el prodigio llamado Andalucía. Y, en su deambular, el

extranjero que nos visita ha aprendido cosas tan notables como la fundación de las poblaciones que hizo don Pedro de Olavide:

«Almuradiel [*Conception d'Almaradiel*] es el primero de los nuevos pueblos de Sierra Morena. A lo largo de todo el camino se ven numerosas casas nuevas, circundadas de cipreses, habitadas por familias alemanas que se hizo venir a España para poblar la Sierra Morena.»

Lo que el Reichard ignoraba era que aquellas fundaciones terminarían quince años después; con unos soldados que iban a meter en su mochila la *Guide* para visitar, y no en paz, el sorprendente país que estaba describiendo. Y al describir, sí, también descubrir. Del zurrón de los tópicos salía una Granada de maurofilia, pero, lo que los españoles no supieron ver, paisajes que descubren bellezas que pocos comprenden. Más de cien años después, los mozos del 98 nos traerían la imagen de lo que apresaban en sus andanzas y visiones. Todavía en 1935, Baroja podía escribir lo poco que había significado para los españoles de 1900 el paisaje de su pueblo, y él mismo nos había de hablar de preferencias impresionistas y de tonalidades grises. La *Guía* se había anticipado; un extranjero acertó antes que nosotros con el fondo lírico que dormita en las cosas más humildes. El viajero quiere ir de Zaragoza a Madrid, y se informa en los cuadernillos de que se ha provisto. Allí le dicen esto, sólo esto: «Durante dos días, a lo largo del camino no se ven ni árboles ni viñedos, ni trigales; sin embargo, los pies van hollando el tomillo, la mejorana, el toronjil, el serpol, y otras hierbas aromáticas, que embalsaman estos desiertos».

Con informes ajenos y experiencias propias el viajero ha aprendido. Le sirvieron mapas de postas e itinerarios como los de Espinalt García, y le ha servido la sabiduría de don Antonio Ponz; viajeros como Bourgoing o Swinburne, Towsend o Pluër, le han precedido con sus avisos, y le han ayudado, también, que a golpes se aprende, aquellas canículas estivales que le torturaron con sus insolaciones. La *Guía* es algo más que un libro intuitivo, y menos, por supuesto. Es el vademécum imprescindible para vagabundear por algunos sitios de España, pero procede de relatos discursivos, y aún le queda el gesto que en ellos aprendió. Gracias a eso y a las mieses de propia cosecha, nos interesa para algo más que una abreviada economía: nos abre la puerta hacia la España romántica, cierto que es una puerta estrecha por la que aún no pasan muchas cosas, pero ahí están ya Andalucía con sus monumentos y sus aventuras; las mujeres hermosas y la inquisición; los toros y el botijo. Se inicia un descubrimiento y se levanta el telón del costumbrismo. Pero, anticipándose a Gautier, se encuentra belleza en algún paisaje para el que la literatura no tajó sus plumas. Anticipo de muchas cosas en estas breves páginas de 1793.

MANUEL ALVAR